

PIAZZOLLA EN SU CENTENARIO

Por Polo Martí

La música de Piazzolla me cautivó desde muy joven, diría que desde niño. Cuando estudiaba en la Universidad Nacional del Litoral, en Santa Fe, vivía en una pensión y luego en una casa (ambas en el barrio Sur), donde siempre circulaban discos y partituras del gran Astor. Más allá de las referencias tangueras heredadas, diríamos “por ósmosis familiar”, allí en nuestro ámbito de estudio cotidiano por los 80’s teníamos discos de Carlos Gardel, Edmundo Rivero, Roberto Goyeneche y Astor Piazzolla, y con ellos crecí musicalmente. Esas escuchas, a veces con la presencia del querido poeta *Horacio Rossi* o con mi maestro *Walter Heinze*, eran matizadas con largas charlas sobre la música de Astor y también de su vínculo estrecho y profundo con las poesías y las letras del tango, sobre todo Jorge L. Borges y Horacio Ferrer. Con el tiempo me fui compenetrando con su obra, sus estilos y sus estéticas.

Siempre la música de Piazzolla me acompañó: en las asiduas e intensas escuchas, en el acceso a sus partituras, en la aventura de hacer transcripciones y arreglos de algunas obras, y en el enorme placer de tocar su música. Entre estos encuentros con la música del gran Astor, puedo recordar algunos más fuertes en mis evocaciones: “*Tango del Ángel*”, arreglado para dúo de guitarras; “*Las Cuatro Estaciones Porteñas*”, para flauta y guitarra; “*Verano Porteño*” y “*Jacinto Chiclana*”, para flauta sola; “*Zita*” para orquesta de flautas, y no puedo olvidarme el haber tocado con colegas mendocinos y la Orquesta Filarmónica de Mendoza el “*Concierto de Nácar*”, dirigidos por el Mtro. Jorge Fontenla.

Una vez creada la Licenciatura en Música Popular de la UNCuyo y en mi rol docente -particularmente en las cátedras de Música Popular Argentina-, al abordar el tango entrábamos al universo *piazzolleano*, y allí siempre me gustó comprender y transmitir la idea de que si bien podemos construir un árbol genealógico del tango y que de uno de sus principales troncos renovadores surge (entre otros) Julio De Caro e instala la idea de un tango vivo, que busca el mañana, que no se repite, que siempre cambia y que busca romper con la tradición sin dejar de latir en su ADN, Piazzolla surge (también junto a otros olvidados como Eduardo Rovira, pero él con mucha más fuerza expansiva y enormes reverberaciones) como el emblema de la “vanguardia” y –sobre todo- de la “ruptura”.

Por eso es que siempre me resultaron un tanto románticas y modernamente ‘clásicas’ las versiones de sus obras por algunos músicos contemporáneos de Piazzolla, incluyendo a algunos de sus colegas y maestros (O. Fresedo, O. Pugliese, A. Troilo, H. Salgán, entre muchos otros); me animaría a decir que, aun siendo hermosas, dejaban de ser un poco Piazzolla, porque Astor, en mi opinión, buscó – para usar un término que le era bastante propio- “meter una piña” a la tradición, pero tan magistral e inteligentemente que al “romper” con ese tango tradicionalista no perdió el latido vital del propio tango, sino que lo proyectó, lo llevó a otras instancias y estadios, llegó ‘al hueso’ en una síntesis donde su necesidad de lo que simbólicamente denominamos “ruptura” no renegó con el clásico concepto de “belleza”.

Su personalidad, claramente descrita y rememorada en los dos libros que aparecen aquí mencionados, me lleva ahora a recordar alguna anécdota que ayude a definir algunas características de su forma de concebir la música, como aquella en la que un día *Zita*, la esposa -viuda ya- de Troilo, le dio uno de los *fueyes* de su amado Pichuco para que tocara y Astor lo sintió ‘desinflado’; “era como un *Fitito*, y yo quería una *Ferrari...*”, habría dicho. Una ‘ametralladora’ ha sido otro símbolo que lo representó en muchas de sus composiciones e interpretaciones, junto al recuerdo de los años en Nueva York en los que practicaba boxeo y que lo llevaba también a la práctica en las pandillas que integraba de niño por las calles de Brooklyn.

Por eso, en estos días y en este año donde celebramos el Centenario de su nacimiento y por el que se lo agasaja con innumerables conciertos, audiciones y versiones de las más variadas, sería bueno reflexionar y no olvidar que Piazzolla, en mi opinión, reitero, no fue un ‘moderno’ ni quiso ser un ‘modernista’; como un fiel *decareano* fue un innovador hacia la ruptura parado en la historia del tango; que habiendo tocado con Gardel (“*El tango lo tocás como un gallego!*”) y habiendo hecho novedosos arreglos a la orquesta ‘*troileana*’, siguió su derrotero. “*Lo que les molestaba era que yo estudiara y avanzara y ellos no. Porque preferían morir en ese palco del cabaret y reírse de mis proyectos... de mis sueños*”, le confesó a su hija Diana (“*Astor*”, Diana Piazzolla, Corregidor, 2005). Comenzó ese derrotero en los bares, en los cafés, en los cabarets y en los clubes de tango, pero luego los siguió en el estudio con grandes maestros de la música académica, como Alberto Ginastera. Y así siguió, con una palmada en la espalda de la gran Nadia Boulanger: “*Su tango es música nueva y sobre todo sincera. Su Triunfal es nada menos que auténtico. Ese es el Piazzolla que me interesa. No lo abandone nunca*”, fueron las palabras conmovedoras de la Maestra.

En definitiva, Astor nos regaló algunas de las obras más bellas y sorprendentes desde y para el tango, que, aunque pasen los años, cada vez que las escuchemos estaremos por siempre en el corazón de Buenos Aires. Y en ese dilema del ser que atraviesa nuestra cultura será, como dicen Diego Fischerman y Abel Gilbert en el título de su maravilloso libro, ahora felizmente reeditado y ampliado, **Piazzolla. El mal entendido** (Editorial Debate, 2021).

Mendoza, marzo de 2021.

PD: dos versiones de músicas de Piazzolla para compartir: “*La Camorra I*”, versión del propio Piazzolla con su Quinteto, de 1989: <https://www.youtube.com/watch?v=bsaurUKYczY> y “*Tres minutos con la realidad*”, por Claudio Constantini (bnd) y Louiza Hamadi (pn): <https://www.youtube.com/watch?v=Fn0SbStU1IE>